

# La juventud no tiene edad

Amelia, una encantadora anciana de ochenta años, se encontraba en el parque disfrutando de un paseo acompañada del cálido sol y la brisa fresca durante una soleada tarde de primavera.

Mientras caminaba, observaba a los niños corriendo y riendo, recordando sus propios momentos de juventud llenos de energía y diversión. Sin embargo, una sensación de nostalgia y melancolía se empezó a apoderar de ella, pues ya no tenía la misma agilidad ni energía.

De pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por sonidos de risas y alegría. Intrigada, se fue aproximando al lugar del que procedían y una chispa de emoción brilló en sus ojos arrugados cuando descubrió una colorida cama elástica. Sin apenas pensarlo, decidió acercarse y con una amable sonrisa les pidió permiso a los niños para saltar junto a ellos.

En un principio los niños se mostraron sorprendidos al ver a una anciana tan dispuesta a saltar con ellos, pero pronto la recibieron con entusiasmo.

Con un impulso de alegría, Amelia subió a la cama elástica; al comienzo, sus movimientos eran tímidos, pero pronto la sensación de libertad y adrenalina la invadió.

Cada salto era como un viaje en el tiempo, dejando atrás sus preocupaciones recordando la felicidad que sentía cuando era joven. Los niños que estaban allí miraban asombrados y admirados la energía con la que saltaba.

Amelia se sintió rejuvenecida por un instante, libre de preocupaciones y limitaciones. Recordó lo importante que era mantener viva la juventud interior sin importar la edad que se tuviera. Aunque el tiempo había dejado marca en su cuerpo, su espíritu seguía siendo joven.

Después de un rato, se detuvo y se despidió de los niños y de la cama elástica con gratitud, sabiendo que aquel momento iba a ser un recuerdo inolvidable en su corazón y grabando para siempre en su memoria que nunca es tarde para disfrutar al máximo de cada instante que la vida te ofrece.